

# Palmarí, otra cara del Amazonas

En Brasil hay una reserva para vivir una **travesía**, que mezcla el amor por la naturaleza y la aventura.

Karen Johana Sánchez  
Redactora de EL TIEMPO

## 132

### PERSONAS

se pueden alojar en la Reserva Natural de Palmarí. Este lugar cuenta con cabañas hasta para 18 personas, y con una maloka para 70.

Dos cachorros de agua o nutrias se lanzan para saludar, de una manera muy peculiar, a los turistas. Uno agarra el pantalón de un visitante y el otro chilla sin parar, como queriendo dar la bienvenida a una aventura inolvidable en medio de la selva.

Estos animales son una muestra de los cientos de aves, anfibios, peces, insectos, mamíferos y reptiles que se encuentran en la Reserva Natural de Palmarí, en la Amazonia brasileña.

Para llegar allí se debe viajar por el río Amazonas y luego por el Yavari, durante cuatro horas, desde el pueblo fronterizo de Tabatinga (Brasil). Pero si el plan es más 'guerrero' y se desea cortar tiempo, se puede llegar en lancha a Benjamín Constant en 20 minutos, tomar un taxi (no hay buses) hasta el municipio de Atalaya, trayecto que dura unos 45 minutos, y desde allí llegar por lancha a la reserva.

Al llegar a un improvisado puerto -entrada de la reserva- se alistan las botas pantaneras para ascender por un camino de tablas, que lleva a rudimentarias edificaciones, como cabañas, malokas y miradores de madera, protegidas por techos tejidos con hojas de palmas.

Hamacas tejidas y largos columpios, ubicados en línea y desde donde se puede observar el panorama, invitan a un receso antes del recorrido.

### Dentro del lugar

Para comenzar, se sube al observatorio de la reserva, una edificación rústica de cuatro pisos, desde donde se ve el horizonte, donde se conjugan las líneas marrones y verdes del río y los bosques.

Para disfrutarlos plenamente, vale la pena hacer un recorrido por kayak para apreciar de cerca los animales y una pequeña comunidad de nativos. En esta travesía, nada mejor que rozar el agua con los pies y recostarse para tomar el sol.

Al volver, es posible refrescarse en duchas naturales, acondicionadas con champús y jabones con aroma de palma y frutas. Allí no es extraño encontrar aves o murciélagos.

La jornada nocturna es más extenuante, pero divertida. Nada mejor que recorrer el río en botte, en busca de caimanes. Dos guías orientan la actividad. Mientras uno maneja el bote, el otro se sitúa en la parte superior con una linterna, que tiene un alcance de 15 metros y alumbrará las orillas del río. Se ven minúsculos reflejos rojos que, al parecer, vienen de los ojos de los reptiles, y peces que saltan en medio de la maleza flotante.

De repente, se escucha un chasquido en el agua que anuncia la proximidad de un caimán. Cuando se tiene suerte, la idea es lanzar una cuerda para que el animal la muerda y con ella amarrar su mandíbula, agarrarlo y mostrarlo. Sin embargo, ello no siempre es fácil.



Este es uno de los miradores de madera de la reserva, desde donde se puede apreciar el paisaje del lugar. Hay columpios. Archivo particular

Al volver a la reserva y después de cenar, el plan es una caminata nocturna por un sendero con palos atravesados y árboles tupidos, donde se escuchan silbidos y zumbidos y el canto de las chicharras.

La principal atracción de la noche, además de las arañas y los insectos coloridos, son los hongos fluorescentes. Al apagar la linterna, se pueden ver infinitas luces, que se asemejan a las de los árboles navideños. Solo que

estas no se prenden ni apagan y están en tallos cortados de las plantas. Al volver, una *caipirinha* (bebida autóctona de Brasil) cierra con honores el buen día.

### Al abrir los ojos...

Aunque en el Amazonas se quisiera dormir más de la cuenta, es imposible. Los sonidos son más fuertes que el sueño y, además, el espectáculo empieza a la madrugada, pues es el momento perfecto para ver pasar a los monos por los árboles y conocer a los exóticos delfines rosados.

Vale la pena salir alrededor de la cinco y media de la mañana. En una canoa de madera, empujada por sencillos remos, se llega al río. El principal requisito para contemplar los bellos delfines rosados es hacer silencio y mantener los ojos pegados al agua. A diferencia de los grises, estos no saltan; cuando salen, solo se puede ver la mitad de su cuerpo.

El aviso de su salida son pequeñas ondas que se forman en el río. Si esto no se logra percibir, un chasquido en el agua siempre sorprende al turista; solo que, si no se voltea rápidamente, es posible perder al delfín de vista y, de nuevo, hay que esperar.

Luego de desayunar, lo ideal es caminar por la reserva. En el día se aprecian diversas aves y mariposas y varios tipos de árboles.

Después de una hora de camino, se encuentra una pequeña 'playa' con agua clara y un piso liso y negro; pareciera tener baldosas finas de mármol en el fondo. Allí se puede tomar el sol sobre arena blanca o refrescarse en una piscina natural, mientras se escuchan la brisa, el movimiento de los árboles y el caudal.